

anuncia la partida del alma; *proficiscere, anima cristiana*, vendria luego á suceder al pomposo nombre de *Príncipe*, á las voces de la fama y al idioma redundante de la lisonja. Fatigados ya de un espectáculo tan horroroso, de unas ideas tan funestas, volveriamos, como para buscar alguna tregua, nuestros ojos al humilde pero delicioso lecho del moribundo virtuoso; y el *descanso de las penas*, y el *recreo de una dicha nueva*, y la *seguridad infalible que la eternidad* ofrece á la venturosa recompensa del justo, ¡que bálsamo tan á propósito para calmar los dolores del alma, arrebatarla con mil suaves trasportes y difundir por toda ella un arrobamiento feliz! ¡Con cuanta avidez no apurariamos tantos placeres literarios, exaltando hasta los cielos la ardiente y fecunda imaginacion que tan bien ha sabido encantar el doloroso lecho de la muerte!

Cediendo pues una tarea tan dulce al buen gusto de nuestros lectores, dirémos, para concluir, que este sermón y el que precede son dos modelos en que resplandecen caracteres diversos á la verdad, pero igualmente perfectos. En el de la *impenitencia final*, admiramos principalmente, el arte de propagar las ideas en el orden de la lógica; en el de *la muerte del pecador y la del justo*, no sabemos como alabar suficientemente el arte delicado de escoger, distribuir y graduar los colores para componer cuadros de un efecto tan prodigioso: en el uno celebramos el talento; en el otro aplaudimos al genio; el primero se distingue por la fina vulgaridad de su lenguaje; el segundo, por la cultura de la expresion y la elegancia, digamoslo así, de los conceptos; la sublimidad del primero pertenece á la razon, al paso que á la imaginacion y al colorido ha de atribuirse la sublimidad del segundo; pero uno y otro deberán estar siempre á la vista de la juventud, para sostener sus virtudes, enriquecer y dirigir sus talentos, y proteger con absoluta seguridad los arrebatados y peligrosos impulsos de su naciente inspiracion.

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE

LA ORACION FUNERRE

DE BOSSUET

EN LAS HONRAS

DE ENRIQUETA DE INGLATERRA.

Si la elocuencia de los antiguos llegó á tal punto, que nos es difícil concebir un grado mas de perfeccion, cuando se trata de promover con el influjo de la palabra los grandes intereses de los Estados, la elocuencia sagrada tiene un carácter de elevacion que la hace superior á la elocuencia profana. La sencillez de aquellos discursos que sin mas objeto que el de explicar la santa doctrina, estan desprovistos de todas las galas de la imaginacion, tienen siempre por causa de su materia una superioridad á que no puede llegar por sí sola la razon humana. Los que van encaminados á descubrir la certeza de nuestros dogmas para rendir el orgullo de la incredulidad, ofrecen a la alma una satisfaccion mas pura y mas completa que los discursos academicos donde mejor se han movido los resortes del arte. ¡Que diré de esas concurrencias públicas en que un Ministro del altar se constituye á la vez intérprete del Dios vivo, pintor fidelísimo del corazon humano y órgano por donde

el arrepentimiento eleva sus clamores hasta el trono del soberano Juez? Todo pues, en la oratoria sagrada transporta la imaginacion, eleva el alma y excita con viveza inexplicable el sentimiento de la virtud. Todo saca al hombre de las ideas temporales; y las pasiones que lo subyugan parecen enmudecer á los primeros acentos del sacerdote cristiano.

Sin embargo, hay un género particular en que parece reunirse cuanto es necesario para que la elocuencia sagrada revele todos sus grandes atributos. Si los sentidos no tuviesen el menor influjo sobre nosotros; si superiores á las pequeñas grandezas del mundo, las viesemos de continuo con una mirada desdeñosa, y si nuestras almas, sueltas ya de las cadenas que las detienen en la tierra, pudiesen elevarse sin esfuerzo á la contemplacion de las cosas invisibles, ¿que discurso mas á propósito para poseerlas exclusivamente que el que se versara sobre los altos misterios de la divinidad? Pero apegados en extremo á las ilusiones del mundo, y constantemente aturdidos con el estrépito de la celebridad, solo podemos salir de este letargo con uno de aquellos golpes terribles que hacen caer á nuestros pies el ídolo que adoramos: es necesario ver bajar los reyes al sepulcro, ver su polvo confundido con el polvo no ya de los hombres oscuros, sino aun de las cosas mas despreciables; es necesario ver á estos altos personajes en aquel instante en que parece vuelven á tomar la naturaleza y el carácter del hombre; es necesario ver la eternidad al lado del tiempo, y á la religion sentada al borde del sepulcro. Tal es el objeto de las oraciones fúnebres.

Es mucha gloria para Bossuet el que las oraciones fúnebres se eleven tanto sobre las otras producciones oratorias, así por la magnificencia del asunto, como por la magestad del tono y la sublimidad del estilo: por que el ha excedido tanto á las mismas teorías en fuerza de su ingenio, cuanto la oracion fúnebre excede en elevacion á todos

los otros géneros. „Representémonos, dice el Cardenal Maury, á uno de aquellos oradores que Ciceron llama vehementes y en cierto modo trágicos; (*) que dotados por la naturaleza de la soberania de la palabra, se elevan sobre las reglas y los modelos, y llevan el arte á toda la altura de sus propias concepciones; un orador que con su vuelo sube hasta los cielos, de donde baja con sus pensamientos engrandecidos por la religion, para sentarse sobre los bordes de una tumba y abatir el orgullo de los príncipes y de los reyes, á vista del Dios que despues de haberlos distinguido en la tierra durante el rápido momento de la vida, los restituye á su nada, confundiéndolos para siempre con el polvo de nuestro comun origen; un orador que se cria una lengua tan nueva y tan original como sus ideas, y da á sus expresiones tal carácter de energia, que creemos oírle á tiempo que leemos sus escritos, y á su estilo tal magestad de elocucion, que el idioma de que se sirve parece cambiar de carácter y divinizarse en cierto modo bajo su pluma; un Apóstol que instruye al Universo llorando y celebrando á los mas ilustres de sus contemporaneos; en fin, un orador cuyos discursos animados por la inspiracion mas ardiente, mas original, mas vehemente y mas sublime, son en este género obras absolutamente aparte, obras en que sin guia y sin modelos, toca á los límites de la perfeccion, obras clásicas consagradas en cierto modo por el sufragio unánime de todo el género humano, y que es preciso estudiar incesantemente, como los artistas van á Roma con el fin de formar su gusto y madurar su talento, meditando las obras maestras de Rafael y de Miguel Angel. ¡He aqui al Demóstenes frances! ¡He aqui á Bossuet!”

Todas sus oraciones fúnebres tienen tanta

(*) *Grandis, et, ut ita dicam, tragicus orator.*
Brut. 203.

originalidad y grandeza; sus pensamientos en ellas se alejan tanto de esa filosofía comun, donde siempre descubrimos al hombre, á pesar de todos sus esfuerzos para criarse una autoridad superior á la que puede tener la condicion humana; su imaginacion predomina tanto sin salir de los mas estrechos limites de la verdad; sus narraciones son tan perfectas, su estilo tan puro, tan limpia y tan elevada su elocucion; que para dar á la juventud una obra sin modelo capaz de alimentar su admiracion á medida que perfeccionase sus conocimientos, bastaria tomar indistintamente cualquiera de las oraciones fúnebres de Bossuet.

Sin embargo, en la de Henriqueta de Inglaterra, nos subyuga y arropa desde el primer anuncio, pues ofrece llorar en una sola muerte, la muerte y la nada de todas las grandezas. Por otra parte, sentimos un patético tan dulce en la pintura de una princesa, distinguida con los encantos de la hermosura, privilegiada con las cualidades del espíritu y rarísima entre las de su sexo por las prendas del corazon, que nuestras lágrimas, que corren de tiempo en tiempo, nos van aliviando sucesivamente de aquella sensacion angustiada que en el corazon excitan los movimientos poderosos de una elocuencia soberana.

Una triste y dolorosa memoria ha quedado unida al nombre de Henriqueta de Inglaterra. (*) Era la última hija del desgraciado Carlos I.º, como la reyna su madre habia sido la última hija de Enrique IV. Las primeras miradas de esta habian visto á su padre en todo el esplendor de su gloria, pacíficamente sentado en un trono que conservaba por los derechos de la sangre y habia conquistado por su valor, adorado aun de aquellos mismos que habian sido comprometidos á combatir contra él, y pronto á dar leyes á la Europa por el

(*) Este rasgo biográfico está tomado en la *Historia de Bossuet por Beaussset.*

ascendiente de la confianza ó por el terror de sus armas.

Menos felices fueron los auspicios bajo que nació Henriqueta de Inglaterra: por que despues de haber recibido la vida en medio de los campos, no habia llegado á ver al rededor de su cuna, sino á los enemigos mas encarnizados de su casa, ni habia llegado á oír otras palabras, que gritos de rabia y de furor contra los autores de sus dias. Habiendo escapado de los primeros complots, y restituida á su madre, todavia mas infeliz que ella, su infancia no habia estado exenta de aquellas privaciones crueles que las condiciones mas elevadas experimentan raras veces.

Al través de las consideraciones y benevolencia sincera que halló en la corte, donde habia venido á buscar un asilo, pudo reconocer que la piedad que se inspira es entre todos los sentimientos el que una alma noble y altiva experimenta mas dolorosamente. Habíala obligado en cierto modo una impresion tan penosa á depositar en el silencio de su corazon cuantos movimientos la oprimian; y su carácter naturalmente amigo de franquearse en el abandono de una dulce confianza, contrajo al fin una reserva opuesta con mucho á su genuina inclinacion. Mas esta noble circunspeccion era lo único sin duda capaz de mantener la dignidad del infortunio.

Cuando restablecida en su rango y honores por una Providencia menos severa, se vió repentinamente llamada á ocupar el segundo puesto en la primera corte de la Europa; las cualidades amables que la naturaleza le habia concedido parecieron adquirir un esplendor nuevo, como resultado de lá violencia interior que largo tiempo se habia imputado ella misma.

Apenas Henriqueta de Inglaterra se hubo presentado bajo un nuevo título en aquella corte de Luis XIV brillantísima entonces con todo el esplendor de un rey joven, sensible á la gloria,

lleno de grandeza de gusto y de magnificencia; cuando vino á ser el objeto de todos los homenajes. El sentimiento que inspiró llegó á ser una especie de culto público: por que si bien habia sido colocada en el segundo rango, tenia todo el crédito, disfrutaba todos los atractivos y aun casi podia decirse que recibia todos los honores del primero.

Era muy difícil á una princesa jóven, cuya inclinacion á la confianza y á la bondad no la fortalecia bastante contra el extremo de sus mismas virtudes, tener bastante imperio sobre sí, para escapar á los tiros de la censura, ó de la indiscrecion. Mas de una vez vinieron las nubes á eclipsar aquellos dias de fiesta y de placer; y las borrascas interiores de su palacio la hicieron suspirar frecuentemente por los tiempos infaustos, en que el abatimiento mismo de su casa habia siquiera preservado á su infancia de esos pesares domésticos que por ventura son los mas difíciles de soportar.

Tal era la disposicion de esta princesa, cuando oyó la voz de Bossuet invocar con un acento tan religioso los manes de su madre. En medio de las seducciones de que se habia visto rodeada, un sentimiento natural de bondad habia defendido á su alma de aquella indiferencia que cierra el oido á los consejos de la virtud, cuando esta en fin hace escuchar su voz en el silencio de las pasiones. Las penas y las contradicciones que tan frecuentemente venian á corromper la prosperidad que al parecer disfrutaba, la habian impuesto á buscar en la religion los consuelos que el mundo era incapaz de proporcionarle. Una inspiracion feliz excitada por la impresion que las palabras de Bossuet habian dejado en el fondo de su alma, la determinaron á poner toda su confianza en él. Acababa de mostrarle en la historia misma de los autores de sus dias los mas alarmantes ejemplos de la inestabilidad de todas las grandezas de la tierra. A la voz de Bossuet, la religion descendió al corazon de

Henriqueta de Inglaterra; y el primer beneficio que vino á concederle fué aquella calma, aquella satisfaccion íntima que habia perdido hacia muy largo tiempo.

Mientras guardaba en un corazon nacido para la virtud estas inclinaciones felices que el mundo y sus vanidades habian podido extraviar, pero no corromper, vino la política un instante á disputar esta princesa al ascendiente de Bossuet.

Henriqueta de Inglaterra vino repentinamente á ser el resorte secreto de una negociacion en la cual estaba interesada la suerte de todo un pueblo: dos grandes reyes confiaron á la discrecion de una princesa, que apenas contaba los veintiseis años de su edad, las vastas combinaciones de un plan que el misterio mas profundo debia cubrir aun con sus velos, y que no debia estallar, sino para hacer desaparecer del rango de las naciones á una nacion que habia conquistado su libertad con cien años de combates, de industria y de prudencia. El éxito mas feliz habia coronado sus empeñadas tareas; y en medio todavia de las brillantes fiestas que habian señalado á todos los lugares de su tránsito, estrechó los vínculos de una alianza que iba á sorprender á la Europa y á condenarla ó á un silencio impotente, ó á una desesperacion terrible. Henriqueta de Inglaterra volvia triunfante; y abandonándose tal vez con una complacencia excesiva á esta prosperidad nueva, iba á precipitarse en la gloria.

Entre los honores y encantos de los mas brillantes destinos, la muerte vino subitamente á herir á esta gran victima. "¿Quien es capaz de figurarse á Bossuet en esta situacion tan dolorosa y al mismo tiempo inesperada? Confidente por la religion de todos los secretos de su alma en los tiempos mas brillantes de su gloria, fué tambien el que fijo en su lecho fúnebre descubrió los cielos á sus ojos moribundos, y derramó juntamente en su pecho todos los consuelos de la religion y

toda la ternura de que es capaz la elocuencia para disminuir el espanto de la muerte. No estaban cumplidos aun diez meses desde que habia pronunciado el elogio fúnebre de la reina de Inglaterra, cuando un suceso igual lo arrastraba al templo á ofrecer este triste homenaje á la princesa su hija. ¡Que revolucion tan extraña de ideas no debió levantarse luego en su espíritu! Es triste ver al hombre bajar al sepulcro, terrible cuando este último tránsito va precedido de toda la magnificencia que puede disfrutarse en el curso de la vida. ¿Que dirémos cuando estos acontecimientos fúnebres se suceden con tanta impetuosidad, y cuando vemos sepultarse á un mismo tiempo las gracias de la juventud, el objeto de la celebridad y esperanzas de un Reyno? ¡Ah! Bossuet penetra en el templo, y cual si Dios le hubiese condecorado ya con el título de mensagero suyo en la muerte de los grandes, sube á la cátedra cristiana,::: fija sus ojos en el aparato fúnebre::: los vuelve á su interior para repasar allí mil memorias profundas en las que se confunden á cada paso el entusiasmo de la alegría y el grito del dolor::: recuerda que no ha discurrido un año desde que fué llamado al templo por una muerte igualmente ilustre::: su corazon se siente sobremanera oprimido::: ábrense sus labios y pronuncian aquellas palabras que la ciencia divina dictó al mas poderoso, al mas magnifico y al mas sabio de todos los reyes.

EXORDIO.

Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.

ECLES. CAP. I. v. II.

Yo estaba pues destinado á ofrecer este homenaje fúnebre á la muy alta y muy poderosa prin-

cesa HENRIQUETA ANNA DE INGLATERRA, DUQUESA DE ORLEANS. Aquella á quien yo habia visto tan atenta, cuando estaba tributando este mismo deber á la Reyna su madre, ¡habia de venir tan pronto á ser el asunto de un discurso semejante, y mi triste voz estaba reservada para este deplorable ministerio! ¡O vanidad! ¡O nada! ¡O mortales ignorantes de sus destinos! ¿Lo hubiera ella creido hace diez meses? ¿Y vosotros, Señores, hubierais imaginado, cuando la visteis derramar tantas lágrimas en este lugar, que tan pronto habia de juntaros en el propio sitio para llorarla á ella misma? Princesa, digno objeto de la admiracion de dos grandes reynos, ¿no era bastante que la Inglaterra llorase vuestra ausencia, sino que habia de verse aun reducida á llorar vuestra muerte? Y la Francia que os volvió á ver con tanta alegría, rodeada de nuevo esplendor, al regreso de aquel viage famoso de donde volvisteis cargada de tanta gloria y de tan bellas esperanzas, ¿no tenia otra pompa, ni otros triunfos que ofrecereros? ¡Vanidad de vanidades y todo vanidad! Esta es la sola palabra que me resta; esta es la única reflexion que me permite, en un accidente tan extraño, tan justo y sensible dolor. No he recorrido pues los libros santos para escoger en ellos algun texto que aplicar á esta princesa. He tomado sin estudio y sin eleccion las primeras palabras que presenta el Eclesiastes: pues aunque haya sido aqui tan frecuentemente nombrada la vanidad; no lo es todavia bastante á mi juicio para el designio que me propongo. Yo quiero deplorar en una sola desgracia todas las calamidades del género humano; y hacer ver en una sola muerte la muerte y la nada de todas las grandezas humanas. Este texto que conviene á todos los estados y á todas las situaciones de la vida, viene á ser, por una razon particular, propio de mi lamentable asunto; por que jamas han sido las vanidades de la tierra ni tan claramente des-

cubiertas ni tan altamente confundidas. No: despues de lo que acabamos de ver, la salud no es mas que un nombre, la vida no es mas que un sueño, la gloria no es mas que una apariencia, los placeres y las gracias no son mas que un peligroso recreo: todo es vano en nosotros excepto la sincera confesion que ante Dios hacemos de nuestras vanidades, y el juicio severo que nos hace despreciar todo lo que somos."

„Pero digo la verdad? El hombre, á quien Dios hizo á su imagen, no es mas que una sombra? Lo que Jesucristo vino á buscar del cielo á la tierra, lo que ha creído poder adquirir á costa de su sangre, sin envilecerse, no es mas que una nada? Reconozcamos nuestro error. Sin duda que este triste espectáculo de las vanidades humanas nos penetra de espanto; y la esperanza pública, repentinamente frustrada por la muerte de esta princesa, nos lleva mas lejos todavia. No permitamos al hombre que se desprecie todo entero: no sea que, creyendo con los impios que nuestra vida no es mas que un juego en que reyna la casualidad, marche sin regla y sin guía al capricho de sus ciegos deseos. He aqui la razon por que el Eclesiastes, despues de haber comenzado su divina obra por las palabras que he referido y despues de haber llenado sus páginas todas con el desprecio de las cosas humanas; quiere al fin mostrar en el hombre alguna cosa mas sólida y concluye su discurso, diciendo: „Teme á Dios y guarda sus preceptos, por que esto es todo el hombre: sabe que el Señor examinará en su juicio todo el bien y el mal que hayamos hecho." Todo es pues vano en el hombre, si atendemos á lo que da al mundo; mas al contrario, todo es importante, si consideramos lo que debe á Dios. Adelantemos aun mas estas ideas: todo es vano en el hombre, si miramos el curso de su vida mortal; mas todo es importante, todo es precioso, si contemplamos el término en que ella se detiene y la cuenta que

tenemos necesidad de rendir. Meditemos pues hoy á la vista de ese altar y de ese sepulcro la primera y última palabra del Eclesiastes: la una que muestra la nada del hombre, la otra que establece su grandeza. Que ese sepulcro nos convenza de nuestra nada con tal que ese altar, en que se ofrece todos los dias por nosotros una víctima de tan grande precio, nos enseñe al mismo tiempo nuestra dignidad. La princesa que lloramos será un testigo fiel de uno y otro: veamos lo que una muerte repentina le ha arrebatado; veamos lo que una santa muerte le ha concedido. Asi aprenderémos á despreciar lo que ha dejado ella sin pena, á fin de consagrar toda nuestra estimacion á lo que abrazó con un ardor tan grande, cuando su alma depurada ya de todos los sentimientos de la tierra, y llena del cielo, á donde ya tocaba, vió la luz manifiesta en su totalidad. He aqui las verdades que voy á tratar; y que he creído dignas de ser propuestas á tan gran príncipe y al concurso mas ilustre del universo."

Dejemos aparte la elevacion que reyna en toda esta parte del discurso, esa magestad que se siente desde que empezamos á recorrer las primeras lineas, ese pensamiento sublime y cuya noble osadía luego nos descubre al genio inspirado por la religion, este solemne anuncio de que van á llorarse en una sola muerte todas las calamidades del género humano. Primorosos á la verdad son estos caractéres; pero ellos brillan por toda la serie del discurso, y nos darán ocasion de ponderarlos dignamente en aquellos pasages donde aparezcan mas dominantes. Hay en esta introduccion tres cosas muy dignas de notarse, para estimarla en todo el grado de su perfecta regularidad.

El texto que ha escogido el Orador es doblemente comun, ya por que puede reputarse como el menos circunscrito para una oracion determinada, ya por que apenas hay cosa mas repetida hasta por las gentes del vulgo. Sin embargo, el genio,

depositorio de innumerables recursos, jamas llega á apoderarse de una idea por comun y familiar que se suponga, sin que deje de adaptarla maravillosamente á sus creaciones. Bossuet nos advierte que sin eleccion y sin estudio ha tomado las primeras palabras que le ofreció el Eclesiastes: no se olvida de que el concepto que encierran es universalmente repetido; pero dice con firmeza no haberlo sido bastante á su propósito, por que nunca han sido las vanidades de la tierra *ni tan claramente descubiertas, ni tan altamente confundidas.* Despues de esto, ¿quien osaria proponer otro pasage de la Escritura para sustituirlo al profundo y melancólico pensamiento de Salomon? Veamos pues ya convertido en propio y característico lo que mas comun y vago nos parecia.

Las reflexiones con que se abre el exordio estan tomadas de unas circunstancias tan inmediatas y al mismo tiempo singulares, tan sorprendentes y terribles á la vez, y estan presentadas con un aire de enagenamiento tan extraño, tan triste y al mismo tiempo tan natural, que nada podia imaginarse mas á propósito para derramar la consternacion por el auditorio, la cual en las oraciones fúnebres es el modo con que se insinua la atencion y la docilidad. ¿Que contraste tan opresivo para el alma, el de un Pontífice venerable, animado con toda la fuerza que comunica la religion, reservado á pesar de encontrarse muy adelantado en la carrera de la vida, para llorar, á nombre de toda la nacion y con la autoridad de la palabra divina, la muerte de una princesa rodeada de tanta gloria y cuando no se habia marchitado aun en su rostro ni una sola de las flores que anuncian la primavera de la vida! Acaba de enumerar estas circunstancias, y exclama: ¡o vanidad, o nada! Pondera con su auditorio lo inopinado del acontecimiento, apostrofa con grave ternura á su jóven heroyna; y despues de manifestar á la Inglaterra viéndose reducida á llorar no solo la ausencia sino

la muerte de Henriqueta, y á la Francia ofreciéndole al cabo de un viage tan ilustre por única recompensa el aparato fúnebre que condecoraba su féretro, vuelve á exclamar profundamente: ¡vanidad de vanidades y todo vanidad! Estas exclamaciones que se van presentando despues de ciertos pensamientos, cada uno de los cuales comprende la elevacion y la caida, se asemejan á los pausados y profundos lamentos del dolor, son la expresion mas viva del desconsuelo, y la imágen mas fiel de un religioso desengaño. Cuando hacemos la pintura de la gloria mundana, el entusiasmo se apodera de nosotros en tal extremo, que nos vemos tentados de divinizar al heroe; pero cuando adelantando un paso, la vemos precipitarse desde su inmensa altura y disiparse á nuestra vista como un débil meteoro, se apodera luego de nuestro corazon una triste languidez que ya no nos permite decir otra palabra, sino la que descubre mas altamente el efecto que ha producido en nosotros la luz de la verdad. Entonces vienen las reflexiones mas serias, entonces sentimos que renace en el alma el imperio de la razon: no queremos ya dar crédito al falso brillo de la celebridad; y abandonados á nuestras propias ideas, nuestra imaginacion confunde la grandeza con la nada, y nuestros labios se abren de tiempo en tiempo para decir que *todo es vanidad.* Pero cuanto mas no brilla el talento del Orador al corregirse de la generalidad con que ha pintado la vanidad del hombre? No todo es despreciable, no todo es vano, no todo perece. Hay un principio noble dentro de nosotros que proclama nuestros destinos inmortales, que recuerda la nobleza de nuestro origen, que descubre nuestra elevacion y sanciona nuestra grandeza. Si por una parte nos confundimos con el polvo; por otra podemos levantarnos hasta la esfera infinita en que reside la Divinidad. Esta finísima correccion por donde se abre campo Bossuet á fijar el otro punto